

esperar la respuesta: declara, *que no halla porque condenarle*, y entrega al acusado con indiferencia á la multitud, para que le sirva de juguete, y poco despues de victima (¹).

Este drama, profundo en su misma sencillez, como todo lo contenido en el Evangelio, pinta mejor que los largos discursos este desfallecimiento moral, esta especie de muerte intelectual, á que tocan los hombres y los pueblos, tan luego como no engañándolos ya el error é ilusiones, rehusan con obstinacion ceder á la fuerza convincente de la verdad. Tal exclamaba, pocos años ha, un orador elocuente, « Tal es hoy la llaga grande de la Iglesia, ó para servirnos de una expresion de los Libros santos su llaga desesperada, *desperata est plaga ejus* (²) porque, « ¿qué podemos nosotros oponer á este estado de cosas? ¿Es posible resistir á la violencia y á la

(¹) JOANN.. XVIII. 37. 38.

(²) MICH., I. 9.

« fuerza manifiesta, pero ¿qué puede oponerse á estas armas invisibles que se ocultan á toda especie de lucha, la negligencia y el desden; « y como desalojar á la impiedad de este último puesto, donde, fatigada ya de los combates, « concluye con atrincherarse? Conocemos bien el remedio de las enfermedades del cuerpo, « pero ¿quién descubrirá el conveniente á esta epidémica enfermedad de los espíritus? Puede « saberse el modo de curar á un enfermo que quiere curarse; pero el de aquel que no quiere, « y que ni aun sabe si está malo; el que á las puertas mismas de la muerte, vive con la misma confianza y seguridad que si tuviera la salud mas perfecta; ¿por donde se le podrá tomar, « y cómo, ó quién podrá salvarle? Sabemos cómo refutar un error ó defender un dogma; « ¿cómo refutar, cómo instruir, cuando de todo se duda, y cuando el desprecio de todos los « dogmas es el primero y el principal dogma?



« Conocemos el freno que puede ponerse al fanatismo religioso ; porque está en la Religion misma ; ¿ pero cómo detener al fanatismo filósófico ? ¿ Dónde se halla su contrapeso ? y cómo hacer entender la razon , á quienes no tienen otra regla de la verdad , que su propia razon , y que como los fariseos , locamente presuntuosos , de qué habla san Juan nos dicen dogmática y friamente : Nosotros somos sabios ; porque somos sabios ; nosotros vemos , porque vemos , *quia videmus* (1). En fin , podemos detener un torrente en su curso impetuoso ; pero las aguas cenagosas y estancadas de una corrupcion razonada , que se complace en su reposo , y no tiene energía , sino para la intriga y codicia , ¿ quién podrá removerlas ? y ¿ quién otro mejor que Dios , por un singular milagro de su misericordia , puede sacarnos de este estado de indefinible torpeza , que á la

(1) JOANN., IX, 41.

« vez desconcierta las observaciones de los sabios , y los solícitos cuidados de los pastores ; y de esta consuncion y postracion moral contra las cuales nada pueden , ni la fuerza de la razon , ni la del cielo , ni la de las leyes y de las armas (1) ? »

¡ O estolidez incomprendible de los hombres de nuestro tiempo ! Quanto mas penetrados se hallan , tanto mas se endurecen . Quanto mayores son los esfuerzos de la verdad para atraerlos á sí , mas indiferentes se muestran para con ella . ¡ Mueran pues , si ellos lo quieren ! Mas quitémosles toda disculpa , pongamos de manifiesto su inconsecuencia y poca razon ; forzámoslos á que se avergüencen del ídolo á quien todo lo sacrifican , verdad , virtud , y aun vida .

Conseguiremos este fin , si demostramos que la indiferencia en materia de religion , preconizada como el último esfuerzo de la razon , y el

(1) Carta pastoral del Obispo de Troyes , con motivo de su entrada en la diócesis .



don mas precioso de la filosofia , es tan absurda en sus principios , como funesta en sus efectos. Esperamos pues hacer tan evidentes estas dos proposiciones , que hasta los mismos que conserven el triste valor de negarlas , no intentarán ni tampoco el combatir las con las armas del discurso.

Nada , desde luego hay mas absurdo que la indiferencia ; porque no puede fundarse sino sobre uno de estos dos principios : que no nos interesa el asegurarnos de la verdad de la Religion , ó que es imposible descubrir la verdad que nos importa conocer : estos principios son igualmente falsos y absurdos ; lo probaremos , y además harémos ver que hay , para todos los hombres en general y para cada uno en particular , un medio seguro , fácil , é infalible de convencerse de la necesidad de la Religion , y de discernir la verdadera.

Nada , en segundo lugar es mas funesto que la indiferencia , porque ella conduce á todas las

calamidades , como á todos los crímenes , á causa de que enerva y destruye insensiblemente todas las facultades morales , y por ser incompatible con el orden y la existencia misma de la sociedad.

Y para quitar así tanto á la ignorancia , como á la pereza hasta el mas leve pretexto de tranquilizarse en este lamentable estado , dejaremos á parte , muy de propósito , toda discusion que supone conocimientos extraños al comun de los hombres ; de modo , que baste un talento , el mas comun , para que pueda leerse con fruto este libro.

Puede ser , que algunas almas débiles , algunos espíritus ligeros , y no pervertidos del todo , despues de haberse dejado arrastrar por esto , que llaman *el movimiento del siglo* , impelidos , y con razon , por el espanto , á vista del abismo hácia donde corren ; se decidan á examinar con seriedad lo que despreciaron hasta el pre-



sente, sin conocerlo. Esto es todo lo que les pedimos. No les decimos : Creednos ; sino examinad.

Aunque nuestro intento no exige demosremos la verdad del Cristianismo, ofreceremos no obstante pruebas bastantes de ella, para convencer á los incrédulos de buena fe. Acaso sacarán de esto una instruccion mas útil, que de una refutacion directa de sus errores ; pero sin duda hallarán bastantes motivos que justifican y mandan imperiosamente el examen que les pedimos emprendan ; ojalá , que puedan resolverse por la gloria de la verdad, y por su propia felicidad. Por mas que se trate de persuadirse lo contrario, estas dos cosas son inseparables : no hay felicidad , sino en el seno de la verdad , porque solo allí hay descanso : el error embriaga, la indiferencia alearga ; pero ninguna de las dos llena el vacio del corazon. Lo repetimos, nuestro único deseo es que se examine de buena fe ; no nos hemos pro-

puesto lograr mas que esto, y si lo llegamos à conseguir de un solo hombre, darémos por muy bien pagado nuestro trabajo.